

Una Tarde Soleada

Felipe Trigo



Capítulo 1

Una tarde soleada

No importa, pensó. Ya no podría hacer otra cosa, solo mirar cómo la serpiente hundía sus colmillos, largos y finos como agujas de coser, sobre una de las esquinas del libro abierto. Era de un color verde, vivo y fresco, como el del jardín bajo la luz de la tarde. Solo la panza tenía un tono blancuzco, mientras que las escamas, más gruesas en el lomo, eran aceitosas y lustradas, suaves como la seda. Aunque le pareció bellísima, tuvo que esforzarse por mantener la calma, pues como se trataba de su brazo izquierdo, supo que irremediablemente el animal permanecería unido a él.

Mientras el reptil lo miraba fijamente —con unos ojos acuosos y amarillos, igual que un limón abierto a la mitad—, recordó que esa mañana había despertado temprano, cuando la luz todavía blanqueaba tímidamente las cortinas y espolvoreaba el rostro dormido de su esposa. Entonces lo entusiasmó la idea de que las horas vendrían claras, templadas y leves, como por sobre un aire renovador que la primavera arrastraba silenciosamente desde lejos. No se equivocó, pues mientras la mañana seguía avanzando y el sol diluía las últimas gotas de rocío, pensó que lo mejor sería pasar el resto del día en la terraza. Por lo que decidió vestirse holgado y tomar el libro marcado casi al final, convencido de que no podía perder la oportunidad de acabarlo en ese mismo momento. Además su esposa, enterada también del buen tiempo, quiso preparar algún bocado que luego podrían disfrutar al frescor de la tarde.

Afuera, las enredaderas que se aferraban a la sombrilla de madera, se abrían en cientos de brotes rechonchos y colorados, mientras las abejas pasaban zumbando ceremoniosamente en círculos sobre las flores recién abiertas, atacándolas de vez en vez para luego escapar hacia la hilera de árboles bajos que separaban el jardín de la calle. El follaje, como una cascada vegetal, era transparentado por la luz que navegaba tiernamente hasta las puntas de las ramas, cayendo sobre el adoquinado de piedras blancas en donde terminaba por desgranarse en un mosaico de luz y sombras. Las mariposas, brillando como chispas luminosas, revoloteaban inquietas bajo el sol que también iba a resbalar por sobre los manojos de hierbas que se levantaban desde la tierra esforzándose en componer sus tallos verdes y aromados.

Toda aquella naturaleza le pareció tan viva y desbordante —incluso arrogante—, que hasta lo impresionó no haberla visto antes. Por lo que creyó, sintiendo una extraña satisfacción, que ese mismo cuadro jamás volvería a repetirse ante sus ojos. Abrió el libro y sumergiéndose entre sus páginas, se inclinó gratamente sobre el respaldo de la silla. Sintió que de a poco una tibieza se fue estancando bajo su pecho. Aunque sin duda

algo parecía distraerlo. Algo que seguro provenía desde el ambiente, quizá desde las plantas o los aromas. O desde él mismo. No lograba adivinarlo. Hasta que después de algún tiempo aquello lo obligó a interrumpir la lectura. Dejó el libro sobre la mesita de la terraza y buscó extraviarse una vez más en la serenidad del entorno. De pronto una sensación le pareció casi tan remota como vívida; era pequeño y se adentraba en el jardín. Se deslizaba de barriga sobre la tierra mojada y esponjosa, oliendo también el pasto fresco y rezumante. Llegaba hasta los escondites estrechos entre las piedras y se trepaba hasta las copas de los árboles, junto a los insectos que subían a tomar el sol.

Fue entonces, cuando se reclinó otra vez para seguir con la lectura, que su brazo se había convertido en aquella serpiente que masticaba la esquina del libro, mirándolo con el mismo sosiego y claridad del sol avanzando en mitad del cielo.

Como en un sueño, miró por un momento los colores recién nacidos del animal. Luego se levantó lentamente, sin inquietarse. Cerca estaba la parrilla de ladrillos en donde vio un par de guantes gruesos. La serpiente, que no se movía, lo hizo pensar que como parte su cuerpo podría controlarla a voluntad, pero se alarmó al ver que el animal podía hacerlo independiente a sus deseos. Luego de unos pasos, alcanzó uno de los guantes y ágilmente cubrió la mano transformada. Al instante sintió que el reptil se revolvió dentro, enrollando tenazmente sus músculos constrictores y dando fuertes mordiscos a la tela. Le dio la impresión de que la serpiente también sentía la necesidad de deshacerse de él, cosa que hasta le provocó algo de lástima, porque siendo uno de sus brazos aquello no ocurriría. Incluso imaginó que la serpiente supo esperar deliberadamente la llegada de aquel día perfecto para emerger desde su cuerpo, y que mientras tanto, quizá durante semanas o tal vez meses, se entretuvo recorriendo sus tripas o durmiendo bajo su pecho, y por qué no, hasta metiéndose en sus pensamientos.

También tuvo claro que no podría decírselo a su esposa, quien a través de la ventana ya se veía preparada con los bocados para salir a la terraza. No se atrevería, por ningún motivo, arruinar aquella tarde. ¿Qué diría ella ante esa escena, por poco, intolerable? Se espantaría. Seguro le vendría un desmayo o perdería la razón. No podía dejar que ocurriera. La desesperación comenzó a nublarle las ideas. Quiso entender lo que estaba ocurriendo. Sin embargo, le pareció un suceso, más que espantoso, totalmente absurdo. Pero a la vez la serpiente le evocaba algún recuerdo. Quizá una situación ocurrida mucho atrás que ya había olvidado, y que ahora lo invadía como un sentimiento hermoso y reposado. De pronto el brazo se agitó fuerte. Él se desesperó. En eso vio que junto a la parrilla también colgaba un viejo machete carnicero, cuya hoja cuadrada y milimétrica aún resplandecía a contraluz.

Tiró fuerte del guante. La serpiente volvió a brillar bajo el sol, batiendo con inocencia su lengua bifurcada, húmeda y aplanada. Otra vez al aire libre, al reptil nada parecía extrañarle. Siquiera la hoja del cuchillo que la amenazaba haciendo rebotar la luz sobre sus escamas geométricas. Tampoco la tarde refrescante de primavera o el zumbido de las abejas. Ni el susurro del follaje enrollándose en el aire, siquiera las flores abiertas y tornasoladas parecían interesarle. Nada; solo respiraba como un cazador agitado. En ese momento, aquel ser llegó a parecerle bellissimo. Manso. Incluso inofensivo. Pero no podía dejarlo con él; aunque quisiera, estuvo seguro de que no podría vivir con su brazo convertido en una víbora. Entonces lo decidió. Para no fastidiar al animal, avanzó hasta donde estaba el machete como haciendo equilibrio por sobre una cuerda floja. Sentía que su corazón casi rodaba hasta su garganta. Al llegar, apoyó la extremidad al borde de los ladrillos, a la altura en donde la piel se tensaba en una membrana de tonos verdosos y ocres, engrosándose a medida que bajaba hasta la mano convertida en cabeza. Resolvió que el golpe debería ser seco y potente, porque el dolor y la conmoción seguro no le permitirían dar otro. Sería solo uno, definitivo, el que acabaría con todo.

Cerró fuerte los ojos, sintiendo un cariño por la serpiente que, por un momento inseparable de él, abrigó tiernamente sus emociones. En eso ya había elevado el machete, que mantenía temblando por sobre su cabeza mientras calculaba la distancia del corte para que toda la potencia se concentrara en la delgadez del filo. De pronto, mientras la amargura le cerraba la garganta, el seco estruendo de los platos rompiéndose contra el piso lo detuvo de golpe:

—¡¡Una serpiente!! —gritó su esposa, casi aterrada en el umbral de la puerta.

Al abrir los ojos, con el brazo en el aire y todavía paralizado por sobre su cabeza, sintió que la conmoción de los nervios había plasmado en su rostro aquel dolor que sentiría al recibir el impacto del machete. Cuando giró la vista para encontrar a su esposa, logró ver que la serpiente, deslizándose rápidamente hacia las plantas enmarañadas del jardín, reflejaba sobre su piel verde los últimos rayos de luz de aquella tarde soleada.